EL ALZHÉIMER CAMBIÓ MI VIDA

Mi nombre es Sofía. Tengo catorce años y hasta hace un tiempo vivía en San Andrés del Rabanedo (León).

Cuando apenas tenía once años, ocurrió algo terrible en mi vida y en la vida de mi familia.

Un día mi madre, mi hermana y yo íbamos de camino a Toro con el fin de ir a casa de mis abuelos, donde solíamos acudir todos los fines de semana.

Cuando entramos al jardín, llamaron a mi madre, que enseguida se marchó, corriendo al coche, diciéndonos que volvería lo antes posible, que no nos preocupáramos y que nos quedáramos con los abuelitos.

Yo no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando y, aunque quería saberlo, pensé que era mejor esperar a que viniera mamá. Mi hermana pequeña y yo entramos en casa y saludamos a los abuelos. El abuelo, que siempre solía llamarnos de una manera peculiar, esta vez no lo hizo.

Como en el pueblo teníamos amigos, mi hermana y yo bajamos a jugar hasta que mi abuela nos llamó para que fuésemos a cenar. Subimos y el abuelo no estaba. La abuela aprovechó para contarnos lo que estaba sucediendo:

"Hijas, ya van unos cuantas semanas que le noto algo extraño a vuestro abuelo. Muchas veces se olvida de cómo me llamo, le pregunto que comió ayer y dice que no se acuerda; no reconoce a sus amigos cuando le vienen a buscar para echar la partida, ni siquiera a sus hermanos cuando vienen a verle."

Al oír a mi abuela esas palabras, con esa voz tan triste, se me escaparon las lágrimas, y mi hermana pequeña dijo:

-"Hace poco en el cole una niña contó que le pasaba eso a su abuelita y la profe le dijo que tenía una enfermedad, aunque no me acuerdo como se llamaba..."

-¡Alzhéimer!- exclamé yo- Yo también hablé de ese tema con mis amigas; a la madre de mi amiga Julia le sucede lo mismo...

Muy tristes nos dimos un abrazo y poco después llegó el abuelito. Estuvimos un rato viendo la tele en el salón y hablando de lo bien que llevábamos el cole. Mis abuelos marcharon a la cama y mi hermana y yo llamamos a mamá.

Mamá nos dijo que papá había tenido un accidente de coche, pero que no era grave, solo había sido un susto. Tendría que permanecer una noche más en el hospital y nos tendrían que venir a buscar el próximo fin de semana.

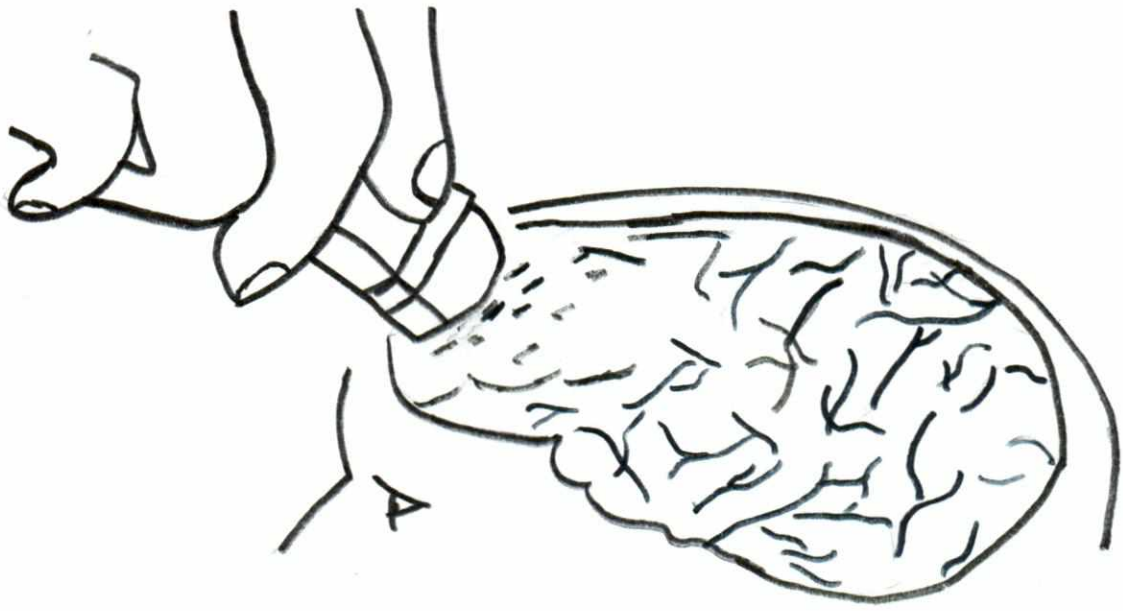
Estuvimos toda la semana sin poder ir a clase y durante ese tiempo nos fuimos dando cuenta de lo que nos había dicho la abuela.

Mi abuelo tenía cincuenta y siete años y era profesor de matemáticas en un instituto de Zamora. Decidimos hablar este tema directamente con él antes de que fuera demasiado tarde. Él nos contó cómo estaba empezando a sufrir esta enfermedad, pues un día, mientras daba clase, se quedó en blanco, otro día no sabía dónde estaba y se perdió en el instituto, y en casa le ocurrían otras cosas parecidas.

La semana pasó bastante rápido y nada más llegar a casa se lo contamos a papá y a mamá. Enseguida se pusieron en contacto con ellos y nos hablaron más a fondo de esa enfermedad, muy sorprendidos, ya que les costó creerlo.

Cada vez esto iba a más; es una enfermedad que no tiene cura, por lo que tuvo que dejar de dar clase. Se jubiló a los cincuenta y ocho años.

Unas semanas más tarde, decidimos irnos a vivir con ellos a Zamora, pues el abuelo necesitaba estar con alguien que le cuidara y mi abuela estaba demasiado apenada como para poder hacerlo ella sola.

Allí cambió mi vida; hice nuevos amigos, que me apoyaban mucho y empecé a valorar algo que pocos nos damos cuenta de lo importante que es: la memoria, la inteligencia, la capacidad de comprensión... pero lo más importante que aprendí fue que nada es para siempre y que debes valorar lo que tienes antes de que ya no puedas hacerlo y te lamentes por ello.

Mi abuelo cada vez se acuerda de menos cosas. Sabemos que no va a acabar bien, pero aprovechamos al máximo cada momento que le queda de vida, porque como él decía: cada minuto de mi vida, es un regalo de Dios.